

SUMARIO

Psicología de las colectividades, por don CARLOS BANÚS Y COMAS; coronel, teniente coronel de Ingenieros; pág. 193. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido (*continuación*), por don EDUARDO DE OLIVER-COPONS, comandante de Artillería; pág. 196. — Ojeada sobre los sucesos de la guerra tesaliana (*continuación*), por C. BARÓN DE GOLTZ, traducción del MARQUÉS DE ZAYAS, comandante de Estado Mayor, pág. 199.

Pliegos 28 y 29 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

PSICOLOGIA DE LAS COLECTIVIDADES

IX

Naturalmente, hay que tener muy en cuenta, al educar al soldado, las condiciones del pueblo, ó si se quiere de la raza á que pertenece. Hoy día en los pueblos de raza latina esta educación resulta muy difícil, porque esta raza ha perdido casi por completo la disciplina social, y como esta pérdida se nota principalmente en las clases ilustradas, que son las educadoras, careciendo éstas de fe en su cometido, es difícil que puedan desempeñarlo debidamente. No hay que ahondar mucho en el estudio de la sociedad actual y su comparación con la de épocas aun no lejanas para convencerse de la falta de energía que hoy reina. Los grandes caracteres, los hombres que supieron imponerse, han desaparecido y han cedido el puesto á retóricos, á oradores, á filósofos, en una palabra, á teóricos más ó menos profundos que en la práctica no han sabido resolver ningún conflicto.

Cuanto acerca de la decadencia de los pueblos modernos y especialmente del nuestro pudiéramos decir fuera pálido al lado de lo que dice Le Bon en su obra *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*; por esto, no podemos resistir á la tentación de copiar algunos párrafos que constituyen no ya una pintura sino una perfecta fotografía y cuyas apreciaciones vemos dolorosamente confirmadas en las aciagas circunstancias que hoy nos afligen.

«Dejando aparte las causas para estudiar los efectos, debemos reconocer que una visible decadencia amenaza seriamente la vitalidad de la mayoría de las grandes naciones europeas, y sobre todo de las llamadas latinas que lo son en realidad, sino por la sangre, por las tradiciones y la educación. Pierden cada día iniciativa, energía, voluntad y aptitud para obrar. La satisfacción de necesidades materiales siempre crecientes tiende á ser su único ideal. La familia se disocia y los resortes sociales se aflojan. El descontento y malestar se extienden á todas las clases desde las más ricas á las más pobres. Semejante al navío que ha perdido la brújula y marcha á la ventura, juguete de los vientos, el hombre moderno marcha entregado al azar en los espacios que antes poblaban los dioses y hoy la ciencia ha dejado desiertos. Ha perdido la fe y con ella la esperanza. Impresionables y movibles hasta la exageración las multitudes, á las cuales

no detiene barrera alguna, parecen condenadas á oscilar entre la más furiosa anarquía y el más oneroso despotismo. Se las mueve con palabras pero sus divindades sólo duran un día y se convierten en víctimas. En apariencia desean ardientemente la libertad; en realidad la rechazan siempre y piden al Estado que forje sus cadenas. Obedecen ciegamente á los más oscuros sectarios, á los más adocenados déspotas. Los retóricos que creen acaudillar las masas, y con frecuencia son arrastrados por ellas, confunden la impaciencia y la nervosidad que las obliga á cambiar de dueño, con el verdadero espíritu de independencia que impide tenerlo. El Estado, cualquiera que sea el régimen nominal, es la divinidad hacia la cual se dirigen todos los partidos. A él se le pide reglamentación y protección cada día más onerosas que envuelven los menores actos de la vida en formalismos bizantinos y tiránicos.

«La juventud renuncia cada vez más á las carreras que exigen iniciativa, energía, esfuerzos personales y voluntad. La menor responsabilidad asusta. El mediano horizonte de los funcionarios del Estado basta. Los comerciantes ignoran los caminos de las colonias pobladas sólo por empleados. La energía y la actividad en los hombres de Estado ha cedido el puesto á discusiones personales, en las multitudes á entusiasmos ó cóleras de un día, en los letrados á una especie de sentimentalismo llorón y tristes disertaciones acerca de las miserias de la existencia. En todas partes se desarrolla un egoísmo ilimitado. El individuo acaba por no preocuparse más que de sí mismo, las conciencias capitulan, la moralidad general baja y desaparece gradualmente. El hombre pierde todo dominio sobre sí mismo, y el que no sabe dominarse está condenado á la dominación ajena.»

«Variar esto sería una tarea penosa. Fuera necesario cambiar en primer lugar nuestra lamentable educación latina que despoja de iniciativa y energía á los que aun la poseen por herencia. Apaga todo destello de independencia intelectual, ofreciendo por único ideal á la juventud odiosos concursos que sólo piden esfuerzos á la memoria y dan por resultado colocar á la cabeza de todas las carreras cerebros cuya aptitud servil para la imitación les imposibilita de tener individualidad y esfuerzo personal. Procuero colar hierro en el alma de los niños, decía un profesor inglés á Guizot, cuando visitaba las escuelas de la Gran Bretaña. En donde están en los pueblos latinos los profesores y los programas que pueden realizar este ideal? El régimen militar lo realizará quizás. En todo caso es el único que puede realizarlo. Para los pueblos que se desploman, una de las principales condiciones de regeneración es la organización de un servicio militar universal muy duro y la amenaza permanente de guerras desastrosas.»

Adviértase que el que llega á esta conclusión no es un *militarista* ni mucho menos, es un *psicólogo* que ve claro.

X

El remedio propuesto por Mr. Le Bon es duro, no hay que negarlo, pero cuando los males son graves hay que recurrir para curarlos á procedimientos heroicos. Quizá el conflicto en que hoy nos vemos sea la base de nuestra regeneración, y lo que de momento resulta peligroso, sea para el porvenir no lejano motivo de satisfacciones. Cualquiera que sea el resultado de este conflicto, no cabe la menor duda de que España debe cambiar el rumbo que sigue de un

tiempo á esta parte; es preciso que á toda costa procure no dejarse alucinar por teorías más ó menos halagüeñas; pero en definitiva engañosas. De todos modos entendemos que en este trabajo de regeneración social le ha de caber al ejército parte muy importante. Hay que inculcar, pues, en el ánimo de la oficialidad la idea de que su papel no debe en modo alguno reducirse al conocimiento más ó menos profundo del material de guerra y de los reglamentos tácticos. Su papel ha de ser más levantado, puesto que le corresponde el difícil cometido de educar al pueblo, ó por lo menos gran parte de él. En el alma colectiva del ejército debe dejar impresas huellas duraderas de una verdadera educación militar, á fin de que algo quede en cada una de las partes que la forman. Pero claro es que para conseguir esto, es preciso que el oficial empiece por educarse á sí propio, apartándose, en lo posible, de las corrientes que en general hoy dominan y que no son las más propias para crear el verdadero espíritu militar. En nuestro concepto y esto hemos tenidos ocasión de manifestarlo repetidamente en las columnas de esta REVISTA, lo que principalmente hay que modificar en nuestro ejército no son precisamente detalles más ó menos importantes, que en esencia nada varían, hay que lograr algo más difícil y quizá esto se logre, cuando después de la lucha venga un período de calma que nos ponga en evidencia pasados errores y nos deje espacio para subsanarlos, y para esto, hágase cuando se haga, nunca será tarde.

A los oficiales encargados de formar el soldado y las clases hay que inculcarles la idea de que los mejores no son los más *sabios*, sino los más honrados y los más enérgicos. Como dice muy bien Le Bon en los países latinos la manía de los exámenes nos persigue. Recórranse nuestra colección legislativa militar, y se encontrarán sendos programas para el ascenso á cabos y sargentos, elaborados, por supuesto, en centros ministeriales y quizá por alguien que en su vida habrá tenido con la tropa el menor contacto. La mayor parte de los conocimientos exigidos para nada sirven y con frecuencia hay que desechar á los que los poseen porque carecen de otras condiciones mucho más necesarias. Hay que desechar todo este afán de reglamentación y papeleo que convierten al oficial y al jefe en mero oficinista, y que parecen poner en primer término, y como dignos de atención preferente, el vestuario, el equipo, el armamento, relegando al final al soldado verdadera alma y piedra fundamental de los ejércitos.

Esta desmedida afición al papeleo, á fórmulas oficinescas, muchas veces inútiles y casi siempre innecesarias, es altamente perjudicial, y en suma, lo que con ella se logra es que tras la balumba de papeles quede oculto el elemento moral, el alma del soldado. Porque verdaderamente condenado el oficial á caza de los menores detalles, á fuerza de pasar revista minuciosa á cada prenda, no es de admirar que desaparezca el que la lleva ó quede reducido á la categoría de maniquí; y con maniqués no se hace la guerra.

Y el oficial español al dirigir la educación de los soldados ha de tener muy en cuenta las condiciones de nuestro pueblo. Nuestros soldados son quizá bien dirigidos los mejores del mundo, por lo menos pueden hallarse á la altura de otros, por buenos que éstos sean; pero en cambio, mal dirigidos pueden llegar á ser los peores; porque el español, y quizá esto acaezca en más ó menos grado á todos los pueblos latinos, es rebelde por naturaleza y refractario á reconocer superioridades. Por esto nuestra raza prefiere la igualdad á la libertad, y

por esto exige en el que manda condiciones de prestigio real, pues si sólo es aparente, no se sostiene mucho tiempo. Y para adquirir este prestigio no es necesario que el oficial recurra á medios extraordinarios, bástale con el ejemplo, con presentarse ante el soldado en tales condiciones que éste desee siempre tomarle por modelo. El hábito adquirido en paz, y que ya se habrá constituido en segunda naturaleza, servirá para que en los azares de la guerra, el soldado obedezca sin vacilar al que le mande, y cuando llegue la ocasión siga su ejemplo, cueste lo que cueste.

Estudiar cuidadosamente al soldado es por consiguiente la tarea que debe imponerse el oficial, al fin y al cabo aquél es el arma que verdaderamente debe manejar, y es, por cierto, mucho más interesante que el fusil y el cañón. El educador militar ha de tener en cuenta para cumplir debidamente su cometido es preciso inculcar al soldado una fe ciega en sí mismo, en sus compañeros, en sus superiores, en todo cuanto constituye la colectividad llamada ejército; esta fe debe ser la base de la educación. Pero es preciso que al inculcarle esta fe, le haga comprender que para llegar á un fin cualquiera, y en la milicia este fin es la victoria, precisa la decidida voluntad de conseguirlo y de desarrollar para ello toda clase de energías. El ejército no ha de formar *inteligencias*, ha de formar *voluntades*, si lo consigue será un buen educador.

Mucho más pudiéramos extendernos acerca del asunto que nos ocupa; pero creemos haber dicho bastante, y por otra parte, no es esta la primera vez que llamamos la atención acerca de la importancia que alcanzan en la guerra los elementos psicológicos. Por esto creemos que nada perderán los jefes y oficiales con la lectura de obras como las de Le Bon que sabe tratar de un modo claro y agradable asuntos interesantísimos para todos los que, por cualquier concepto, están llamados á dirigir colectividades más ó menos numerosas é importantes.

CARLOS BANÚS

Coronel Teniente Coronel de Ingenieros.

(Continuará).

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL

DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

(Continuación.)

Estas noticias me hubieran seguramente preocupado de no contar con el celo de los oficiales y ese irresistible arrojo, esa audacia que puede llamarse temeraria, peculiar en el soldado español, como si tuviera á gala, vencer con naturalidad toda clase de obstáculos.

Aunque muchas veces se haya dicho, no puedo menos de repetirlo; con nuestro soldado puede irse á todas partes, intentar los hechos más inverosímiles y lanzarse á todas las abnegaciones del deber así vayan envueltas con cúmulo inmenso de dificultades.

Desde luego cabe asegurar que por aquellos parajes no había pasado jamás tropa organizada con artillería y caballería, sobre todo en las condiciones en que entonces estaba el camino, no obstante ser la época más favorable del año.

No sé si durante nuestras repetidas contiendas civiles; en momentos críticos en que una operación arriesgada ó una marcha audaz puede ser la salvación de un ejército, se habrá visto alguna columna forzada á salvar precipicios semejantes; pero entonces, la fiebre de la lucha, el interés supremo de la vida, la necesidad de evitar contratiempos mayores, el deseo de vencer y destrozarse al enemigo y otras muchas causas, enardecen el ánimo, le abstraen por completo, empujándole á allanar toda clase de obstáculos.

Tampoco me parece que en los ejércitos extranjeros es cosa corriente efectuar estos ejercicios, en tiempo de paz, y lo indica el que los periódicos franceses y suizos se ocuparon con extraordinarias muestras de admiración de unos ejercicios ejecutados en agosto último—precisamente á poco de regresar de nuestra expedición—por los batallones alpinos de la vecina república en presencia del Presidente M. Faure. Como cosa extraordinaria se decía, y lo copió nuestra prensa envolviéndolo en extraordinarios elogios. «Las maniobras de los admirables batallones alpinos se verificaron en los primeros días de agosto en alturas al parecer inaccesibles. Se colocaron baterías en puntos que tenían 2,500 metros de altitud y la lucha de los dos figurados cuerpos de ejército fué muy interesante.»

Siempre ocurrió lo mismo; todo lo de fuera parece mejor, pasando inadvertido lo que entre nosotros se hace, á veces superior y siempre con menos elementos.

En este caso ha de tenerse en cuenta para ver hasta donde se puede extremar el elogio que estos batallones franceses se dedican constantemente á hacer ascensiones por las montañas más escarpadas de los Alpes. Se escoge el personal á propósito para esta clase de ejercicios, reclutándole en la misma comarca ó en otras parecidas, se procura que sea fuerte, musculoso y lleno de vigor, se le prepara con cuantos requisitos son necesarios, no tienen otra ocupación ni otra enseñanza, y el traje, el calzado, el armamento y cuanto llevan, concurre al fin que se desea; es natural, por lo tanto, que ejecuten bien estos servicios.

En cambio nosotros hicimos lo que se había ordenado, sin reunir las condiciones anteriores. Nuestros artilleros é infantes, con el equipo común, con la mochila, la manta y alpargatas, trepan por la nieve como si á ello estuvieran muy acostumbrados; los primeros teniendo que conducir sus mulos y cargas, que no están calculadas para tales ascensiones, y la caballería con espuelas, casco y lanza, cosas poco á propósito para caminar desembarazadamente. Justo es decirlo, ya que parece que nuestra prensa no ha parado en ello la atención, maravillándose de lo hecho por nuestros vecinos, como si fuera cosa insuperable para nosotros, y también como homenaje al soldado que supo ejecutarlo.

Débase, en parte, este buen resultado, á llevar individuos que, dadas las corrientes y costumbres modernas sobre organización, pueden llamarse veteranos y es un argumento más en pro de que el soldado, por lo menos el de artillería por su especial y complicado servicio, permanezca cuatro años en filas, mejorando su situación en cuanto se licencie á los de su quinta en los demás cuerpos.

Difícil es que yo pueda describir cumplidamente el lugar de la escena. Únicamente viéndole se puede adquirir cabal idea de las dificultades y peligros que la naturaleza ha amontonado allí, como si quisiera probar la pequeñez del hombre y la facilidad con que pone trabas á su orgullo.

La canal de *Pomero* es una cañada, pendiente y pedregosa, cuyas dos ver-

tientes, que son muy escarpadas y de pronunciada inclinación, no presentan camino ni vereda alguna por donde poder marchar; así que tiene que bajarse por la unión de las dos, que es el mismo fondo ó cauce de una torrentera. El día que lo pasamos, como la nieve tenía grande espesor, el camino resultaba más ancho, pero también más peligroso, pues dura y cristalizada aquélla en unas partes, era causa de que la gente resbalase y que el ganado no se atreviera á poner el casco, en otras movediza y blanda por el calor, pegábase á la alpargata y hacía que se enterrase el pie, aumentando las molestias de la penosa marcha, así como vino á dificultarla una espesa niebla.

De lo más hondo del barranco, donde á lo lejos iba á perderse la sábana inmensa de la nieve, se desprendió una pequeña nubecilla, que fué subiendo y extendiéndose con una rapidez asombrosa.

Los vagos contornos de las rocas; el anfiteatro de montañas con sus elevados picachos, que limitaban el horizonte; el lejano valle; los árboles que apenas se divisaban á distancia enorme... todo desapareció de pronto, como fundido por un soplo invisible y poderoso en la masa fluida y blanquecina de la niebla, la cual nos impedía ver á nuestro alrededor. Al disiparse había terminado la bajada, que duró una hora, para recorrer unos 800 metros, mostrándose entonces un bellissimo panorama.

El barranco terminaba con un *solozano* verde y de exuberante vegetación; en él se había parado la columna para concentrarse y descansar después de la fatigosa bajada, formando animados grupos los artilleros y los mulos alrededor de las piezas descargadas, y los soldados de caballería con las lanzas clavadas en el suelo y suelto el ganado. Daban brillantez y colorido al conjunto los pintorescos y alegres tonos de los uniformes, las blancas fundas y las rojas y amarillas banderolas que el viento agitaba suavemente.

Allá, como fondo del cuadro, el poético valle de Arán; todavía más lejos, las estribaciones de los Pirineos elevaban con gallardía sus cumbres hasta hundirlas entre celajes, y al pie hilos imperceptibles de plata marcaban el curso del Jueu, el Garona y otros ríos ó arroyos que fertilizan la feraz comarca.

Poco después de haber pasado el frondoso bosque de Artigas, cruzamos un gran barranco por sitio bastante ancho, y uno de los mulos metió las patas por un hueco que tenía la *palanca*, recompuesta provisionalmente en aquellos días. Por venturosa casualidad pudo sacársele sin contratiempo alguno, pero fué preciso arreglar el mal paso, teniendo que trabajar la gente metida en el agua bajo la dirección de los oficiales.

Se cortaron troncos y palos delgados, trabándolos con ramas, tepes y tierra, quedando así habilitado en veinte minutos un puente de circunstancias, por el que pudo pasar perfectamente la artillería y caballería.

El camino continuó por entre sombrías y húmedas arboledas, y á las dos y media llegamos á Artigas de Lin. Una jornada tan larga y penosa merecía descanso para gentes y ganado, y allí que había sombra, agua fresca y abundante y algunos comestibles, lo hicimos de dos horas y media, continuando á las cinco la marcha después de haber revistado detenidamente los mulos que sólo tenían ligeras rozaduras.

Por completo había variado el aspecto del paisaje, después de haber atravesado la cordillera de los Pirineos Centrales, entrábamos en el valle de Arán,

caminando por entre macizos de árboles de un verde obscuro y sombrío y rocas de un color amarillento, bien distintas de las que antes habíamos visto.

Todo allí tiene un tinte melancólico; las casas presentan un parecido monótono; los puntiagudos techos de pizarra, lo obscuro de las paredes y las estrechas ventanas, completan aun más el cuadro de tristes aunque bellas perspectivas.

(Continuad.)

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,
Comandante de Artillería.

OJEADA SOBRE LOS SUCESOS DE LA GUERRA TESALIANA

POR C. BARÓN DE GOLTZ.

(Continuación.)

La 5.^a división llegó durante el día á Larissa, y tomó campamento al sur de ella junto con la división de caballería.

La 6.^a división siguió hasta el norte de Larissa.

Las demás tropas permanecieron en general en sus posiciones.

En Larissa se halló abundante material de guerra: 10,000 fusiles Gras y 2,000 cajas de cartuchos; muchas municiones de artillería que aprovecharon en parte los turcos (1), dos cañones de montaña y dos de campaña, seis piezas Krupp de 10,5 centímetros, de 30 calibres de longitud, montadas en los atrinchamientos del norte de la ciudad y en la ciudadela, y, finalmente, un hospital de campaña (2).

Los combates en la frontera habían terminado; ya no se esperaba encontrar más resistencia en los llanos de Tesalia, y, sin embargo, hubo otra tregua en las operaciones.

Este primer período de la guerra da lugar á una serie de consideraciones.

Los griegos tenían desde el principio pocas probabilidades de éxito. Sin embargo, después de descornado el velo que ocultaba los sucesos, debemos reconocer que hubiera sido posible una victoria bajo el mando de un general audaz y emprendedor. Una vez más se sanciona la antigua verdad de que las ocasiones son siempre las mismas, sólo que faltan los Bonapartes para aprovecharlas.

La primitiva falta en la concentración de los dos grupos separados de Larissa y Trikala se había remediado haciendo acudir las tropas de Trikala. El peligro mayor de que el ejército turco rompiera por los desfiladeros de Beydermen y Kalamaki sobre el flanco izquierdo del grueso griego, quedaba de esta suerte conjurado. A pesar de esta reunión de fuerzas, subsistió la falta de extenderlas exageradamente. Los griegos, como los turcos, combatieron en todas partes, desde Analipsis en el lago de Hezeros hasta el Revend Boghasy (paso de Reveni) sobre un frente de 50 kilómetros.

¿Qué hubiera sucedido si en lugar de proceder así hubiesen atacado con el

(1) Municiones para el cañón de 7,5 centímetros.

(2) El sultán Abdul Hamid confirió al general Grumbekow el gran cordón del Osmanié con brillantes y lo nombró ayudante suyo; fueron ascendidos á coronel el teniente coronel Mustaphá-Bey, oficial de mucha capacidad, y á general de brigada Sefullah.

mayor número de fuerzas un sitio determinado dejando en otros puntos las tropas necesarias para contener al enemigo? Siempre hubieran podido reunirse 35.000 hombres y 100 piezas, y supóngase esta masa penetrando en la madrugada del 18 de abril por los pasos de Meluna y Dava, después de haber sorprendido con éxito la frontera, y se convendrá en que la situación hubiera tomado otro aspecto.

A la bravura de las tropas turcas atribuímos en absoluto el que se sostuvieran tenazmente en la fuerte posición del monasterio Aja Panagía, al oeste de Elassona, ante fuerzas enemigas muy superiores. Sólo que esta posición podía envolverse por su flanco izquierdo desde el Davagechid y ser amenazada por retaguardia.

La línea turca corría el riesgo de ser rota en aquel punto, y ésto debió preverse en las resoluciones del general en jefe.

Por más que resistan victoriosamente las diversas fracciones, no pueden, por último, dejar de sentir las consecuencias de las órdenes generales dictadas.

Recordando la misión puramente defensiva que se había encomendado á Edhem-Bajá, el cuidado por sus comunicaciones de retaguardia, la abrumadora responsabilidad que le correspondía en caso de una derrota y la circunstancia de esperarse considerables refuerzos del norte, no era tan inoportuno el examinar la idea de la concentración del ejército en Servidje sobre el Yndje Carassu. Y una concentración semejante hubiera dado á un enemigo como Bonaparte las mismas probabilidades de éxito que ofreció la situación de los austriacos en 1796. La 6.ª división no hubiera podido acudir, porque las jornadas del 18 al 22 de abril demostraron con cuánta lentitud se hubiera abierto camino, caso de intentarlo; tenía por tanto que replegarse á la costa, para cubrir la carretera de Katerina. Las divisiones 1.ª y 2.ª para no arriesgarse en las montañas, se veían obligadas al rodeo por Diskata. De esta manera quedaba el ejército dividido en tres grupos, que era difícil pudieran prestarse mutuo apoyo contra un enemigo operando en la línea interior.

Sería enojoso el desarrollar esta hipótesis en sus últimas consecuencias, porque faltan datos positivos en que apoyar las conclusiones. Basta, sin embargo, lo expuesto para demostrar que, por medio de grandes energías y la rapidez de acción correspondiente, pueden por completo cambiarse situaciones estratégicas que ofrecen al principio pocas esperanzas de éxito. La obstinada resistencia que opusieron los griegos en las alturas de Papa-Livadia Losphaki y en el Xeragis hasta el 24 de abril,—es decir, durante 6 días,—acredita que no eran incapaces, ni mucho menos, de empresas arriesgadas, si á ellas hubiesen sido arrastrados por una voluntad poderosa.

Por parte de los turcos, como hemos visto, no pudo ponerse en práctica, cuando fué conocida por el cuartel general (1), la idea primordial consignada en el plan de operaciones de atacar el flanco izquierdo del grueso enemigo.

El 19 de abril por la mañana quedaba abierto en el centro el paso de Me-

(1) Me ha sido imposible precisar este momento; sin embargo lo más pronto coincidiría con la declaración de guerra, porque al ocurrir el 16 por la tarde el primer ataque de los griegos, no se sabía en el cuartel general que se estuviese en guerra con Grecia ó que fuera tan inmediato el comienzo de las hostilidades.

luna por el cual va el camino más ancho, despejado y mejor de todos los que conducen á la llanura tesaliana. ¿Qué había que hacer? Cada uno de los que hoy reflexionamos á distancia y con tranquilidad sobre la situación estratégica de ambos ejércitos, tenemos la siguiente respuesta en los labios: «Reunir todas las fuerzas disponibles, las divisiones 3.^a, 4.^a y 5.^a, la parte de las divisiones 2.^a y 1.^a aun no empeñada, la brigada independiente, la artillería y caballería, y llevarlas lo más pronto posible al otro lado del paso de Meluna con el fin de abrir por retaguardia los demás desfiladeros y atacar al enemigo donde se presentara en masas compactas.» Esto aconsejó también nuestro compatriota von Grumbckow-Bajá y lo mismo varios jóvenes oficiales turcos del estado mayor. En todo el día 19 de abril había que hacer los preparativos para empezar la operación en la noche siguiente y el día 20.

Las dificultades en el abastecimiento, que han de presentarse generalmente en tales momentos para explicar y justificar ciertas faltas, no pueden haber desempeñado aquí un papel decisivo, por cuanto desde Elassona á Larissa — aun pasando por Tyrnavos— sólo hay 40 kilómetros, no mucho más que desde Berlín á Potsdam. Si el ejército, por consiguiente, estaba abastecido en Elassona, también debía estarlo en Larissa. Dada la extraordinaria sobriedad del soldado turco, la cuestión de víveres no reviste igual importancia que en los ejércitos europeos y en nuestras campañas.

Los cálculos exagerados sobre la fuerza del ejército griego, su armamento é instrucción, y la capacidad de sus generales, pueden mucho menos haber servido de motivo para que el vencedor, dominado por un temor respetuoso, se detuviera ante la puerta abierta. Karadere, al pie del paso de Meluna, había sido abandonado por el enemigo el 19 de abril, y Tyrnavos que sólo dista del anterior 12 kilómetros, y cuya ocupación esperaba entonces con impaciencia toda Europa, no fué tomado hasta el 24 de abril.

Es cierto que las noticias que se tenían en el cuartel general de Elassona sobre las disposiciones adoptadas en aquellos momentos por el enemigo no eran muy completas, y casi siempre se reducían á referencias hechas por oficiales llegados de Stambul ó por extranjeros admitidos en el ejército.

Para entablar relaciones con el exterior no tenía el general en jefe ni facultades ni medios; esperaba de Constantinopla sus informaciones. Pero la fuerza, organización, armamento del ejército griego, los conocía en sus menores detalles por Seifullah. Se enteró por tanto de que no tenía en frente una superioridad numérica, sino de que él era el más fuerte. Era más habitual el menosprecio de las cualidades del ejército griego, que su ponderación. Creía positivamente el general en jefe en la defensa obstinada de Larissa porque estuvo bien informado de todos los trabajos hechos por los griegos para fortificar aquella ciudad (1). Mas ésto no descifra por completo el enigma de por qué el ejército, aprovechando rápidamente sus ventajas, no avanzó sin dilación para obligar al enemigo á una batalla cuyo desenlace no podía ser dudoso. Larissa es susceptible de ser envuelta y viniendo del norte y noreste con una presión sobre la línea principal de comunicaciones, el ferrocarril de Volo, podía obtenerse su evacuación. El Peneus era fácil de franquear por la 6.^a división agua abajo de la desembocadu-

(1) Seifullah-Bajá había sido cónsul turco en Larissa.

ra del Xeragis. Tampoco la idea de encontrar un campo atrincherado á poco de salir de las montañas explica la lentitud del sistemático y gradual avance realizado desde el 19 al 24 de abril.

Deben existir razones menos perceptibles que quisieramos nosotros conocer por las comunicaciones oficiales del general en jefe, pero como no hay que contar con esto, nos vemos obligados á deducirlas de ciertas manifestaciones y del examen de las circunstancias generales.

Recordemos desde luego cual es la situación de un generalísimo turco colocado al frente de su ejército. No debemos suponerlo igual á un general europeo, dirigiendo, ordenando, interviniendo en todo, poseído de noble ambición militar, y no pensando más que en una victoria sobre el enemigo lo más brillante posible. Se parece mejor á un intermediario encargado de transmitir al ejército la voluntad del Gran Señor y que no aspira con predilección á aquella gloria deslumbradora que puede consistir en un regalo de Danae, según lo atestiguan los ejemplos de Osmán, Fuad y Achmed-Muktar, sino que se reduce á obtener el agrado absoluto de su amo siempre más afectuoso con el hijo y el súbdito obedientes que con el violento hombre de acción. Para acreditar fidelidad y sumisión, y no para distinguirse, fué elegido Edhem-Bajá, y éste tuvo que acomodarse á tal circunstancia si quería conservar la imprescindible confianza de su soberano.

Colocándonos en este punto de vista apreciaremos las cosas de otra manera.

La primera misión impuesta al ejército otomano era la defensa del territorio nacional. Si mientras Edhem-Bajá rompía audazmente por el paso de Meluna, en la forma explicada, una fuerte partida griega atravesaba la frontera por otro punto cualquiera para producir una alarma y un desorden transitorios, probablemente la operación más brillante que hubiera podido ejecutar en los llanos de Tesalia no le libraba de la desgracia y destitución. Los inconvenientes del cordón formado por su ejército desde Mezzovo á Platamona los reconoció perfectamente el *muchir*, pero él se creía obligado á este despliegue y aun tenía órdenes precisas del Gran Señor determinándolo.

Era también necesario cuidar de la tranquilidad á espaldas del ejército, y á medida que se iba alejando temía que estuviera más comprometida.

Sus líneas de etapas y comunicaciones debían estar protegidas, porque un suceso extraordinario producido á retaguardia del ejército por un incidente cualquiera, podía tener una resonancia muy perjudicial. Hemos indicado anteriormente cómo se dictaban las decisiones y resoluciones en Ildizkiosk, y de qué manera un caso desgraciado sin responsabilidad para nadie podía conducir al descrédito y la ruina de un hombre que ocupara un alto puesto. De la obediencia incondicional de sus generales no podía estar Edhem completamente seguro, y mucho menos cuando acometiera empresas arriesgadas y cupiera la duda de si continuaba ó no gozando del favor del Gran Señor.

Una comisión investigadora funcionaba á su lado, comunicándose con Stambul por telégrafo y con claves cifradas, para él desconocidas.

Finalmente, en el sistema de mando de Edhem-Bajá se dejaba sentir la influencia de la antigua escuela del generalato turco que preconizaba la destrucción del enemigo por medio de combates sueltos, mejor que con la combinación de las grandes operaciones.

Con tales causas y resortes una dirección de la guerra, metódica, lenta, prudente y no dejando nada al azar, es mucho más homogénea que la que se funda en la audacia y en el afán de obtener grandes resultados. Quien pretenda censurar al hombre, debe reprobador las cualidades que lo encumbraron á un cargo elevado, á la vez que el sistema, según el cual estas cualidades decidieron la elección.

En este período de la guerra hay que aprender que la dirección de un ejército, desde lejos, teniendo á su general en jefe sujeto al alambre del telégrafo y exigiéndole la observancia textual de las órdenes comunicadas, impide la realización de grandes y rápidos éxitos, y sólo permite, en el caso más favorable, el logro de un mediano resultado.

Sin duda que el 19 de abril por la mañana hubiera sido acertado el reunir todas las tropas que se tenían para efectuar una invasión brusca y resuelta en la llanura tesaliana. También debió ordenarse que el ala extrema derecha, dejando á su retaguardia pequeñas columnas volantes acudiera, por medio de una marcha concéntrica, porque los grandes éxitos deciden, á la vez, los pequeños. Con la destrucción del ejército griego se protegía la frontera y se hacía imposible la rebelión de Macedonia.

Podrá lamentarse que no se ejecutara el antiguo plan, pero en este momento no hay que pensar más en ello. Para que tuviera eficacia el proyecto, era necesario verificar súbitamente la invasión por los desfiladeros de Beydermen y Kalamaki, disponer de mucha caballería que, descendiendo muy hacia el sur, cortara al enemigo la retirada sobre Farsalia y Volo, allá donde existiera una comunicación regular. La rendición del grueso de las fuerzas griegas al pie del Pelión ó en los terrenos pantanosos del Karatchair y en el lago de Karla, hubiera debido ser el objetivo ó ideal práctico de aquel plan, una vez acometido con resolución. Perdida desde el principio la oportunidad, no había que insistir en él, sino tratar de aprovechar lo que las circunstancias ofrecían.

Por excelente que sea al principio un plan, la salvación no depende de éste sólo, si se sabe proceder con lógica. Y después de todo la idea fundamental de aquel primer proyecto, se reducía á obligar al ejército griego á presentar batalla decisiva en la parte norte de la llanura tesaliana. Si ésto se verificaba de distinta manera de como se había calculado, todo iba bien y se ganaba la partida, que era precisamente de lo que se trataba.

La resistencia que los griegos ofrecieron, particularmente en el ala izquierda, pudo ser para ellos motivo de vanagloria. Supieron sostenerse con bravura y en circunstancias difícilísimas, y así está fuera de ocasión la ironía con que la prensa europea describió las cualidades militares de los modernos helenos. La dispersión del ejército después de la noche del 23 al 24 de abril y la precipitada retirada de Larissa no se explica por el resultado de los combates (1). Parece que la sobreexcitación de las tropas excedió los límites de lo conveniente y duró demasiado tiempo. Cuando se perdió el paso de Meluna y cayó otra vez en manos de los turcos, era aún tiempo de disponer la concentración del ejército alrededor de Larissa y la evacuación de todos los puertos de la frontera. Estas me-

(1) Contribuyó al desorden la imprevisión del generalísimo griego al ordenar la retirada después de anochecido y la falsa noticia de una derrota sufrida en el ala derecha.

didadas, ejecutadas con firmeza, hubieran conservado la disciplina y el orden, lográndose entonces oponer al enemigo fuerte resistencia en Larissa, que era lo que tanto temía Edhem-Baja.

II. — OPERACIONES SOBRE LA LÍNEA VELESTINÓN-FARSALIA.

Combates de Velestinón del 27, 29 y 30 de abril.

Con la toma de Larissa sobrevino una situación completamente nueva. El ejército griego, si bien quebrantado en su cohesión, se había retirado sin sufrir una derrota decisiva. Cuando Edhem-Baja con su cuartel general entró el 27 de abril en la plaza conquistada, era demasiado tarde para emprender una persecución activa. La llanura del sur hasta Kara Dagh había sido completamente desalojada por el enemigo, y éste había tenido tres días de tiempo para reorganizarse.

Se averiguó que los griegos estaban en Farsalia y en Velestinón, á vanguardia de Volo, sin conseguir más noticias sobre su fuerza y distribución, siendo de suponer únicamente que defenderían esta segunda línea. Empezaron los preparativos para una nueva operación, y esta vez no faltaba, como en la frontera, el espacio necesario para una concentración preliminar. Desde luego hubo que decidir la cuestión de si se avanzaría en dirección á Farsalia ó á Volo. Hasta ambos puntos había una distancia de 35 á 40 kilómetros; en ambos podía presentarse el grueso de las fuerzas enemigas, porque están unidos por una vía férrea y eran muy posibles los transportes laterales de una á otra ala. El centro, sin embargo, lo constituía el grupo montañoso de Kara Dagh, difícil de atravesar.

A excepción del mal efecto de la retirada desordenada, no eran desfavorables las circunstancias para los griegos. Si el ejército turco avanzaba hacia Volo, no solamente podían los defensores recibir fuerzas de Farsalia, sino que las tropas aquí reunidas se encontrarían sobre el flanco izquierdo y á poca distancia del ofensor. Por otra parte, la posición Volo-Velestinón constituía una seria amenaza de flanco para el enemigo que marchara en dirección á Farsalia. El ejército griego recibía de Volo la totalidad de sus abastecimientos; la toma de esta plaza tenía que ser por consiguiente de un gran efecto. Pero el ataque se presentaba difícil, pues entre el Kara Dagh y el lago de Karla, en una extensión de pocos kilómetros, hay un frente fácilmente defendible y para envolverlo por el este bordeando el lago de Karla y pasando por las laderas de Pelión, existe tal cúmulo de dificultades que no hay para qué tenerlas en cuenta. La pérdida de Farsalia era en sí de poca importancia, pero se podía desde el oeste tomar de flanco y hasta envolver la posición atrincherada.

Desde ambos puntos tenían los griegos una corta y favorable retirada; á saber: desde Velestinón sobre la escuadra estacionada en el puerto de Volo; desde Farsalia á Domokos, situado á poco menos de 20 kilómetros, en la entrada de los montes Othrys. En el momento en que se hiciera perceptible la pérdida de las comunicaciones con el puerto de Volo, era posible recobrar la del mar y escuadra en Lamia, desde donde un ferrocarril de vía estrecha conduce al puerto de Aja Marina. La defensa de ambas posiciones podía, pues, adop-

tarse con tranquilidad y seguridad, y no era sencillo para el agresor resolver el partido que debía seguir.

Se presenta en primer término la importancia de Volo.

La 5.^a división exploraba desde el 25 en aquella dirección. Sin embargo, no se había preparado todavía un reconocimiento formal sobre Veletinón y quedó también aplazada la expedición que la caballería debía haber intentado el día 25 para cortar la línea férrea entre Volo y Farsalia. Al parecer imperaba la creencia general de que del lado de acá de Volo se encontraría poca resistencia.

Según lo dispuesto por Edhem-Bajá, el 27, á las nueve y treinta minutos de la mañana (1), se puso en marcha Suleiman-Bajá por Maimuli y Kileler hacia Veletinón, llevando bajo su mando una parte de la división de caballería, doce escuadrones y batería, que componían á lo más 500 jinetes con seis piezas. Cuatro batallones de redif seguían inmediatamente á la caballería para servirle de sostén. El avance se verificaba sin obstáculo alguno; los habitantes griegos que habían quedado en los pueblos salían con bandera blanca al encuentro de las tropas, pedían protección y aseguraban que Volo estaba débilmente ocupado. A las cinco y treinta de la tarde se llegó á Risomelón. El escuadrón de avanzada continuó hacia Veletinón, entrando en el semicírculo de montañas donde está asentada la ciudad y fué recibido por el enemigo con nutrido fuego. En las laderas al este de Veletinón apareció la infantería griega; se distinguía una batería en la estación del ferrocarril, otra en el Aja Georgi Tepe y finalmente otra en el Pilav Tepe, junto al cual había pasado la caballería. La batería á caballo de Suleimán-Bajá rompió el fuego contra las tres baterías enemigas, pero pronto se hizo difícil su situación, con mayor motivo cuanto que el arroyo de Risomelón sólo se podía atravesar por el puente del pueblo. Para salvar esta batería tuvo que sostener el fuego durante algún tiempo la caballería que había avanzado radialmente hacia las montañas, y que después de enganchadas las piezas, se replegó en pos de éstas. Toda la columna emprendió de noche la retirada á Kileler y permaneció allí el 28. En este día llegó el general de brigada Naim-Bajá (2) con otros cinco batallones de redif de la 5.^a división, tomó el mando y avanzó hasta Gherli. Un escuadrón destacado para destruir el ferrocarril regresó sin haber cumplido su encargo. Se habían observado el 27 de dos á tres mil hombres de infantería enemiga, además de las tres posiciones de artillería.

Naim estaba el 27 en Gherli (3) cuando al mediodía llegó Mahmud-Bey, coronel de estado mayor y ayudante del sultán, que recién incorporado al ejército con otros oficiales de estado mayor, había obtenido del general en jefe facultades para una expedición contra Volo.

Consignó pronto que Naim-Bajá se decidiera á avanzar, contribuyendo á

(1) Otras noticias expresan que el avance empezó el día 26.

(2) El destacamento de Naim-Bajá, que después de atravesar el paso de Meluna había avanzado hasta Kainakbachy, fué agregado á la 5.^a división para reforzarla en su marcha á Larissa. Continuó después con esta división.

(3) La orden recibida por Naim-Bajá decía que cubriera el flanco izquierdo del ejército, y *si era posible*, ocupara á Volo.

ello muy particularmente el argumento de que el enemigo, hoy débil, podría pronto aumentar sus fuerzas y atrincheramientos, caso de que no se le impidiera. Propuso también Mahmud-Bey atacar seriamente sólo cuando hubiera probabilidades de éxito; de lo contrario, esperar y pedir refuerzos. Dos columnas fueron formadas. La de la derecha, dos batallones, siete escuadrones y una batería, al mando de Mahmud, Bey, tomó el camino recto de Velestinón que va por el oeste de la vía férrea (A del croquis). El grueso de la brigada mixta, mandado por Naim-Bajá, siguió por la izquierda la carretera que pasa por Risomelón (B). Aquella debía practicar el reconocimiento, ésta empezar la marcha media hora después y atacar cuando las circunstancias lo aconsejaran; la caballería de ambas columnas se mantendría á igual altura.

A las dos se puso en movimiento Mahmud-Bey; una hora después anunciaba su caballería puestos enemigos en las lomas al sudoeste de Velestinón y en los bosquillos de la llanura delante de este pueblo. A las cuatro de la tarde, por medio del batallón de cabeza que avanzó tiroteando hacia las alturas, y del fuego de la batería, se consiguió que el enemigo desplegase (1). Se reconocieron unos tres ó cuatro batallones con una batería de montaña, sin caballería. Mahmud consideró que las circunstancias eran favorables y la brigada turca superior al enemigo. Sólo que entonces no se hallaba presente la columna principal, porque se había retrasado en su marcha. A las seis de la tarde apareció en Risomelón. El coronel partió en aquella dirección y encontró á Naim-Bajá en una colina al noroeste del pueblo; pero la obscuridad de la noche impidió el continuar la acción.

Se convino, sin embargo, para el 30, que Naim, desde Risomelón y á través de los arbolados del llano, atacaría de frente Velestinón, y que Mahmud obligaría al enemigo á mantenerse en las alturas escarpadas y de difícil acceso al oeste de la villa. Es decir, ofensiva del ala izquierda manteniendo rehusada la derecha.

Al reincorporarse á sus tropas las encontró Mahmud-Bey en sus posiciones de combate á 800 metros escasos del enemigo y disponiéndose a vivaquear. Se le ocurrió entonces la atrevida idea de intentar un golpe de mano, esto es, tomar por sorpresa la posición enemiga más inmediata. Volvió otra vez á Risomelón para pedir permiso y refuerzos á Naim, y éste le concedió la autorización solicitada entregándole además el batallón de redif de Adranos, con el cual entró Mahmud á las dos de la noche en el campo del combate.

Su plan consistía en caer por sorpresa, poco antes del amanecer, sobre las posiciones griegas del flanco izquierdo constituidas por trincheras abiertas en un estribo montañoso (entre *a* y *b* del croquis).

El batallón de redif Brussa debía allá atacar de frente, el batallón Biledjik envolver las trincheras de su ala derecha, la caballería seguir á retaguardia de este batallón con el fin de cargar al enemigo tan pronto fuese desalojado de sus abrigos. El batallón Adranos debía formar en reserva (2). Cuando á las tres el co-

(1) La posición del destacamento en la tarde del 29 está marcada en el croquis con la letra (C).

(2) Los tres batallones pertenecían al regimiento de Brussa.

ronel volvió á montar á caballo para dirigir el ataque, notó que no se habían cumplido sus órdenes, y que sus tropas estaban en un profundo sueño. Despertó por sí mismo á todo el mundo, pero cuando á las cinco se pusieron en marcha los batallones, ya hacía tiempo que el sol estaba sobre el horizonte. Hubo que modificar por tanto el proyecto de ataque. Mahmud decidió extenderse más, tomar las alturas de Kara Dagh y atacar desde allá con seis compañías el ala izquierda de los griegos mientras un batallón le entretenía de frente, dos compañías seguían detrás del centro, la artillería apoyaba el ataque y la caballería quedaba en la izquierda dispuesta á cargar. Después de reforzada su ala no le pareció conveniente el procedimiento espectante que se había concertado el día anterior. Disponía, sin embargo, Naim-Baja que estaba encargado del ataque principal, de cuatro y medio batallones, cinco escuadrones y una batería á caballo.

Mahmud llevó por sí mismo las seis compañías al estribo montañoso. Pero este movimiento en un terreno difícil duró mucho tiempo; el enemigo resistió y tuvo que ser desalojado á la bayoneta. A mediodía recibió el coronel la noticia de que Naim-Baja había empeñado el combate frente á Veletinón, y envió á decirle que atacara enérgicamente. Se reunió en seguida con el batallón Brussa que más al norte en las vertientes sostenía el fuego contra la posición enemiga. Delante de sí tenía un barranco al otro lado del cual había una posición avanzada de los griegos, y después en posición elevada y dominante, la posición principal. Ordenó al batallón que bajara al barranco, tomara la primera línea y después de nutrido fuego preparatorio asaltara la verdadera posición. Para esto se agregaron al batallón las dos compañías situadas en reserva, y como también la columna envolvente debía atacar al mismo tiempo, fueron 12 las compañías empeñadas en este ataque. Tomadas estas disposiciones retrocedió el coronel hasta la batería que había desplegado sobre una importante loma (D), le señaló como objetivo de tiro las trincheras enemigas frente al batallón de Brussa, y corrió hacia la caballería para que también cooperara en el último momento. Los siete escuadrones se mantenían más al norte detrás del ala izquierda del batallón Brussa cubriendo el flanco izquierdo de toda la columna y manteniendo el enlace con Naim-Baja (E). Mahmud ordenó á su jefe el coronel Ibrahim-Bey que en el momento en que el batallón Brussa diera el asalto, formara por la izquierda en columnas de escuadrón y marchara á lo largo de la vertiente hasta llegar á la altura de las trincheras griegas (*a b*), debiendo entonces conversar á la derecha y cargar. Ibrahim-Bey desde el punto en que se hallaba no podía distinguir el combate del batallón Brussa, y envió por consiguiente á lo alto de las colinas una patrulla de oficial con encargo de informarle inmediatamente que empezara el asalto. Mahmud arengó con calor á la caballería, se separó de ella para adoptar otras medidas y acababa de reunirse otra vez con los escuadrones, cuando el oficial de observación llegó dando aviso de que ya se estaba efectuando el ataque decisivo de la infantería. Ibrahim hizo tocar marcha, atravesó un barranco y tomó por la vertiente la dirección de Veletinón. De pronto recibieron los escuadrones fuego de fusil desde un bosquecillo al norte de Veletinón (*c*). La atención de la tropa se concentró en aquel punto. Invocando á gritos á Alá marchó de frente al galope toda la columna, pero en lugar de conversar á la derecha, se extendió á vanguardia recibiendo fuego de todas las lomas inmediatas (*d d*). Ibrahim-Bey, que al parecer se olvidó de dar el toque de con-

versión, observó pronto que no iba á conseguir nada en aquella dirección, y quiso hacer media vuelta para huir del fuego. Su orden, sin embargo, no fué comprendida más que por los cuatro escuadrones del 13.º regimientos de retaguardia; los que iban en vanguardia pertenecientes al 6.º cargaron de frente marchando en cabeza Mahmud-Bey. Inútilmente esperó éste la orden de conversión; miró en derredor suyo y notó que no tenía detrás de sí más que una parte de la columna é hizo tomar el frente que convenía. Conseguido esto, el pequeño grupo de jinetes (1) no obstante el fuego que venía de todas direcciones y los schrapnels de la artillería griega, empezó á subir la montaña. Había que atravesar primero un campo cultivado y después subir una áspera cuesta. Entonces divisaron los agresores sobre la cresta del monte, no la línea principal de los griegos (*a b*), sino una segunda trinchera (*x y*), oculta á retaguardia de la anterior y que aun estaba ocupada. Mahmud había perdido su caballo herido por tres balazos, y tuvo que seguir á pie el ataque. Agobiado de fatiga el ganado y no pudiendo subir la última pendiente que era la más fuerte, se ordenó á la tropa echar pie á tierra y abordar al enemigo con el sable y la carabina. Varios oficiales y algunos soldados cumplieron esta orden y penetraron en la trinchera enemiga (2), otros se quedaron á caballo y cayeron la mayor parte heridos. Mahmud en lucha personal mató de un tiro de revólver á un oficial griego y consiguió con un puñado de héroes desalojar al enemigo de la trinchera. Unos diez minutos estuvo el coronel en la posición conquistada esperando que apareciera el batallón de Brussa en la línea principal griega á cuyas espaldas él se encontraba. Pero en lugar de compañeros de armas no veía allí más que infantería enemiga, que se disponía á atacar á los atrevidos invasores, y fué necesario que éstos evacuaran la posición.

Mahmud-Bey, privado de fuerzas para andar por haber recibido una cox en una pierna, cogió un caballo suelto y se trasladó rápidamente hacia el batallón de Brussa, que estaba en fuego á unos 300 metros de la línea principal griega y en frente de ella. Se supo que el oficial de caballería del reconocimiento se había equivocado, confundiendo la toma de la posición avanzada por el asalto de la posición principal. La carga empezó, por consiguiente, demasiado pronto, y además, las dos compañías Biledjik (H) no siguieron el avance porque su jefe reclamó una orden por escrito. El coronel fué después á la batería, se encontró allí con un oficial de estado mayor de Naim-Bajá que deseaba enterarse del curso del ataque, y lo envió á traer dos compañías de la reserva. Poco antes de que esto se efectuara, asaltó el bravo batallón de Brussa las trincheras (I) y se aproximó mucho á la columna envolvente que había llegado á la altura (K). Sólo una pequeña trinchera ocupada todavía por los griegos separaba ambas fuerzas.

(Continuará.)

Traducción del MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

(1) Sólo habían quedado unos 60 reunidos.

(2) Los oficiales que en esta ocasión demostraron la mayor intrepidez y desprecio de la muerte, se armaron con fusiles recogidos del suelo y atacaron con ellos al enemigo.